

Visión del mundo en la obra creadora del hombre

Arquitecto: Ferenc Z. Lantos.

INTRODUCCION

El artista creador de hoy, viviendo como lo hace en una sociedad cuyas ideas y necesidades son a menudo decadentes y equivocadas, está obligado a buscar nuevas y mejores ideas. Debe interesarse en comprender las causas existentes tras las actividades humanas que dieron origen en la antigüedad a diferentes culturas y formas de expresión en el Arte. Debe preguntarse qué parte desempeñaron en la caracterización de esas culturas; las estructuras económicas, políticas, la situación geográfica, el nivel existente en la ciencia y el conocimiento, la religión y las influencias estéticas, y debe preguntarse cuál de esos factores fué el dominante y si la influencia de alguno de esos factores varió en el transcurso del tiempo y del espacio.

Este estudio de la historia de la cultura demuestra que en un momento dado de la Historia el modo de razonar y creer del hombre es la causa del estado de la sociedad en la cual vive. La causa de sus actividades son su fe y su "visión del mundo y de la vida", mientras que la economía, la política, las ciencias y las artes no son sino consecuencias de las actividades suyas, que están condicionadas por su causa primera.

Al buscar nuestra filosofía acerca de la vida, he estudiado la naturaleza y propósito del Universo, así como la naturaleza y destino del hombre y su relación con el Universo.

En este breve estudio muestro mis averiguaciones sobre ello, en un intento de publicarlo posteriormente como libro, en colaboración con mi estimado amigo Istvan Balogh, también arquitecto húngaro.

El libro constaría de dos partes. En la primera intentaríamos probar nuestra teoría basándonos en la historia de la Humanidad, y en la segunda tomaremos nuestra postura para el presente y la proyectaremos en nuestros trabajos de Arquitectura y Urbanismo.

Ante la necesidad e importancia sentida por nosotros de una nueva y recta filosofía y la responsabilidad tan enorme que entraña ocuparse de ella, esperamos recibir antes de la publicación de nuestra obra no sólo las opiniones, sino también las críticas de arquitectos españoles que nos ayudarán enormemente, y que por ello agradeceremos.

Para comprender el universo, el hombre dispone de su espíritu con su poder de razonar, que actúa según las leyes de la lógica y la matemática.

Este espíritu es capaz de realizar una labor crea-

tiva, tanto mecánica como artística, que funciona según el orden y la armonía.

El hombre tiene su historia, y de ella ha aprendido que todo mecanismo u obra de arte que fun-

ciona según orden y armonía fueron creados por el poder razonador del hombre.

Cuando el objeto de sus consideraciones es el Universo, el hombre queda perplejo debido a su infinitud en el tiempo y en el espacio. El no puede llegar a conocer su origen ni su destino, pero sí comprende sus funciones.

En sus descubrimientos, tanto en el micro como en el macro-cosmo, aprende que en cada una de sus partes existen un orden y armonía complejos, y que todas sus partes están relacionadas entre sí para poder conservar el orden del conjunto. Debido a este mismo poder de razonar, le resulta al hombre inevitable y lógico suponer un Creador tras este orden y armonía complejos, aun cuando su comprensión total esté más allá de sus posibilidades.

(De forma semejante, él supone y acepta un Creador detrás de aquellos enormes mecanismos y grandes obras de arte, que él no puede entender completamente, pero que le impresionan por su funcionamiento ordenado y armónico.)

Su propia idea sobre el Creador del Universo está también influida y condicionada por la misma naturaleza de su poder razonador. Consiguientemente, se trata de un Espíritu similar al suyo propio, pero absoluto, infinito y supremo, puro e independiente, causa de todas las cosas, onisciente e incognoscible para los seres creados.

El poder de razonar del hombre llega a sus límites en este punto, pero su verdadera naturaleza, es decir, el ansia de conocer la verdad, le conduce más allá, dentro del ámbito del misterio, donde aquellos que lo alcanzaren obtienen una directa comunión con el Espíritu Infinito y Supremo, y entonces es cuando la verdad se les patentiza. Por ellos hemos aprendido que el Creador es Amor Infinito y Supremo, símbolo de todas las virtudes y personificado como Dios, ya con un sentido religioso.

En esta tesis se acepta y se usa el término "Dios" por ser el más adecuado, en el que se combinan todas las ideas del hombre, tanto filosóficas (razonantes) como religiosas (misteriosas), sobre el Creador del Universo.

Encontramos, pues, que el Universo es la obra creativa de Dios: un mecanismo de Arte, extremadamente complejo, que se extiende en el tiempo y espacio hasta el infinito, y en el que el número infinito de elementos y seres permanece siempre en constante transformación y crecimientos dinámicos, pero siempre manteniendo un continuo orden y armonía. Dios logró y aseguró la función ordenada y armoniosa del Universo, dotando a todos sus elementos y seres vivientes de una naturaleza pre-determinada.

Todos estos elementos y seres tienen un papel específico y necesario en el conjunto, y debido a la falta de conciencia y voluntad libre y a un instintivo

poder de "voluntad de vivir", todos están obligados a realizar sus funciones.

El hombre, por el contrario, con sus dos naturalezas contrarias, la física y la espiritual, representa la conexión entre Dios y el Universo. Su espíritu es una minúscula porción de Dios, y su cuerpo una parte del mundo creado por Dios, es decir, el Universo. Cuando estas dos naturalezas están completamente fundidas en una unidad, la conciencia objetiva y la voluntad libre del Espíritu Supremo se oscurece en el hombre por la naturaleza instintiva de su vida físico-biológica, de la cual está hecho, siendo esto la causa de que el hombre sea víctima tanto de su parte física como de la espiritual. Esta controversia condiciona la "visión del mundo y de la vida" del hombre en la que realiza su voluntad libre, y de la que depende su felicidad.

Por su vida física, el hombre es parte del Universo, y por ello debe encajar armónicamente en él. Su "voluntad de vivir" asegura la suerte de su libertad, en contra del abandonarse a sí mismo a la vida, pero su espíritu, que posee una verdad subjetiva sólo, que ha sido derivada por su método de razonamiento basado en la lógica y que, como consecuencia, parece ser la verdad objetiva, el hombre está sujeto a hacer uso equivocado de su libertad. Cuando su verdad subjetiva no está de acuerdo con la verdad objetiva de Dios, el hombre comete errores.

La singularidad del hombre, por esto, consiste en que él es el único ser a quien no le es impuesta una conducta pre-determinada y a quien Dios permite equivocarse.

Dios no puede equivocarse porque es infalible. Los elementos y seres del Universo tampoco pueden equivocarse porque no tienen voluntad libre. Cuando el hombre comete errores, sus ideas y leyes están en contradicción con la idea de Dios y con las leyes de la Naturaleza, y por ello el orden y armonía del Universo se entorpecen.

Quebrantar el orden y armonía del Universo origina sufrimientos, y esto únicamente lo puede conseguir el hombre, y de hecho ya lo ha conseguido, siempre haciendo mal uso de su voluntad libre.

El sufrimiento se ocasiona, en primer lugar, a Dios, cuyas obras de arte se entorpecen; en segundo lugar, al espíritu del hombre que es el único ente que puede ser consciente del sufrimiento, pero su espíritu, por ser parte del Espíritu Infinito, es el mismo Dios quien sufre en el hombre.

Cuando estas discrepancias son excesivas, las contradicciones entre las leyes de la Naturaleza y las del hombre son más palpables, hasta que un hombre acierta a demostrar los errores y ofrecer una nueva idea con poder de verdad convincente, y una vez que esta idea se comprende y se acepta, el hombre

cambia su forma de vida anterior y pone fin a los sufrimientos.

El hombre ha llegado a aprender a lo largo de su historia que la causa de sus sufrimientos y males que la Humanidad padece una y otra vez fué el error que él mismo cometió haciendo mal uso del Don Divino de la conciencia y libertad y no reconociendo su verdadera naturaleza, que fué prede-terminada para él para su propia felicidad.

Una vez que el hombre reconoce en sí mismo el poder de rectificar y experimentar de nuevo en la vida, queda agradecido a Dios por haberle dado esta "naturaleza única", y entonces comprende conscientemente que Dios ha creado el Universo para que funcione en orden y armonía, por necesidad creando bellezas, por amor produciendo felicidad a todos los seres vivientes en él, por bondad participando de los sufrimientos que fueren causados por la "naturaleza única" del hombre; al mismo tiempo, recompensándole con el espíritu creador que le capacita para comprender su obra creada y para crear arte según el mismo principio que El, y experimentar la alegría esencial que acompaña a la creación.

Pero ¿por qué fué necesario para Dios crear al hombre con una naturaleza tal que pudiese usar mal su libertad y ocasionar sufrimiento, si es cierto que El es el amor infinito?

Considerando a Dios como el Creador y el Universo como la obra de arte creada, y experimentando el hombre mismo la alegría de la creación, aprende que la creación misma no es suficiente para el amor y la alegría perfecta, y que el Creador necesita de un participante inteligente y de la apreciación de su obra. Esto lo encuentra el hombre en el compañero con el que él comparte el espíritu de Dios, y Dios, a su vez, lo encuentra en la Humanidad, en la que El está actuando como participante de su propia obra creativa.

Cuando la idea de uno de sus participantes logra Su verdad objetiva, Dios le considera como hijo predilecto y tiene una gran satisfacción, contemplando la verdadera obra creativa del hombre que ellos hicieron para Su glorificación y que en nuestra interpretación significa: Amor, Belleza y Bondad.

La verdadera naturaleza de Dios y del espíritu del hombre consiste en crear belleza por amor y por bondad, pero esto sólo puede tener lugar cuando el hombre no está desviado por su parte física del instinto y "voluntad de vivir".

La verdadera naturaleza de la parte física del hombre consiste en realizar su vida sanamente, para lo cual tiene que alimentar su cuerpo por medio de su "voluntad de vivir".

La verdadera naturaleza del hombre es la síntesis de estas dos naturalezas contrarias, consiguiendo su

verdadera y equilibrada vida. Es sólo entonces cuando el hombre vive según aquella naturaleza prede-terminada que le fué dada para el perfecto funcionamiento del Universo y el bienestar de todos los seres vivientes en él. Cuando esto ocurriere, el hombre llegaría a una completa adaptación con la obra creativa de Dios, y entonces es cuando lograría alcanzar la perfección humana. Su verdad subjetiva se identifica con la verdad objetiva de Dios, sus ideas (visión del mundo y de la vida), a través de las cuales él ve el Universo y juzga sus valores, son correctas. Sus leyes están en armonía con las leyes de la Naturaleza, y en este estadio el hombre, en vez de sufrir y padecer, experimenta la alegría y el amor, los dos alimentos esenciales para su espíritu.

El hombre experimenta su alegría creando y contemplando la belleza. El amor que ahora experimenta es el amor de Dios mismo, y ahora él ve toda la Humanidad participando totalmente con él de aquel único espíritu, es un único ente, ve su cuerpo como parte del Universo y sabe que la felicidad de Dios y su mundo creativo depende de aquel Amor. El Amor supremo de Dios está ahora liberado en el hombre, y ya no necesita esforzarse por actuar con amor y bondad.

El crear belleza para él ahora es un elemento esencial, así como lo es para Dios actuando en él. Esta belleza es el alimento del espíritu humano, así como es alimento también para Dios mismo.

Puesto que la felicidad del hombre depende del orden y armonía del Universo, la belleza que él crea por necesidad de su naturaleza debe encajar armoniosamente dentro del Universo. Tiene que servir al hombre y agradar a Dios; por eso su escala, así como el tiempo y espacio que intervienen en el Arte producido por el hombre, debe ser, al mismo tiempo, humano y divino.

Si se practica el "arte por el arte", el alimento espiritual falta, porque no corresponde con el arte de Dios, y aunque pueda ser bello en sí mismo, sin embargo, no encajando en el conjunto, trastorna la armonía del mismo, y el hombre se siente infeliz.

El arte es, pues, primordialmente, una actividad moral. Debe ser creado por amor, lo que depende del entendimiento de Dios, del Universo y del hombre.

Este arte humano, cuyo fundamento resulta ser filosofía del hombre, cuyo tronco resulta ser su entendimiento moral, es como la flor del árbol: es bella y tiene conciencia de sí misma. Aunque se transforma, sin embargo, tiene su propia existencia característica. El arte, por su propio derecho (privado de los elementos que le dan su vida), es la relación armónica de todos los elementos en el conjunto, en el espacio y en el tiempo, creando belleza del sonido, movimiento, color, espacio, volumen, suce-

tos, etc., que se ponen de manifiesto en el arte de la música, danza, pintura, escultura, arquitectura, poesía, drama, etc.

Excepto la arquitectura, todas estas artes tienen sólo una función, que consiste en crear belleza para alimento espiritual del hombre. Por otro lado, la arquitectura parece que tiene dos funciones: como arte, es la relación armoniosa de espacio y volúmenes, y su función es crear belleza. La arquitectura tiene también una función práctica, puesto que es usada como morada del hombre.

El espacio creado por la arquitectura es espacio para que el hombre viva en él. Esto no debería alterar su principal función, que consiste en crear belleza, pero por ser la arquitectura donde el hombre afronta el problema de la satisfacción de las necesidades de sus dos contrarias naturalezas, es aquí donde él puede cometer grandes errores en su actividad creativa mucho más que en ninguna de sus artes hermanas.

Si el arquitecto descuida la función práctica y utiliza la arquitectura sólo para crear espacio y volumen con fines estéticos, inútil para la morada del hombre, la arquitectura fracasa en cumplir su misión real, de la misma forma que si el hombre cuida sólo de su confort físico y usa la arquitectura exclusivamente por su fin práctico, descuidando sus exigencias estéticas. Por eso, la arquitectura, más que ninguna otra arte humana, está enraizada en su entendimiento filosófico y moral del mundo y de la vida. Cuando es acertada, es arte de espacio y volumen, que crea belleza para el espíritu humano y proporciona morada confortable para su cuerpo.

La obra creativa del espíritu humano aquí concuerda con la obra creativa de Dios. En la Arquitectura, el arte finito del hombre parece salirse de su escala, porque así como el espacio interior y los volúmenes exteriores de los edificios están de tal manera relacionados que los volúmenes exteriores, relacionados entre sí, forman grandes espacios exteriores, que cambian la escala de la arquitectura a la del urbanismo, y así sucesivamente el exterior de las ciudades, en relación con la Naturaleza circundante, forma aún una relación mayor de espacio y volumen, en la que la escala humana, visiblemente, termina en la divina.

Antes que pasemos a exponer el arte que hemos creado, basado en nuestra visión filosófica y entendimiento del amor, veamos algunos ejemplos histó-

ricos para comprender mejor la importancia de la visión filosófica del arte humano.

No vamos a comentar todas las culturas ni cubrir todas las épocas históricas de la Humanidad, puesto que no es nuestra intención escribir Historia. Elegiremos algunas culturas y ciertas épocas de las mismas para mostrar algunos ciclos del comportamiento humano. Para esto tendremos que recordar la verdad que hemos descubierto acerca del hombre, principalmente la de que la singularidad del hombre radica en las posibilidades de cometer errores y de corregirlos. Pero incluso para esto el hombre es limitado. El péndulo de la libertad oscila entre sus extremos espiritual y material.

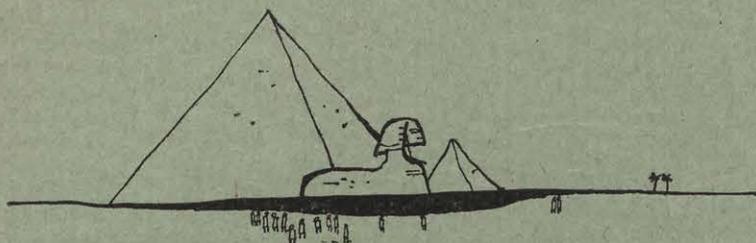
Todas las grandes culturas están enraizadas en cierta clase de unilateralidad espiritual, proporcionando a sus miembros su filosofía básica y su religión. Reconociendo las contradicciones existentes entre aquella idea y las leyes de la Naturaleza, el hombre corrige sus errores, y por un proceso lento evolutivo alcanza su período de florecimiento, que es la síntesis de sus ideas originales y posteriores, y esto último termina en la degeneración de las ideas originales, resultando el otro extremo de la escala: el radical materialismo.

Aunque en todas las grandes culturas se reconocen las tres filosofías de la vida, se encuentra, sin embargo, que en alguna de ellas se da en exceso la unilateralidad espiritual, en otras la unilateralidad materialista y en otras el período de síntesis parece ser la dominante. La razón de ello puede encontrarse en la potencialidad de verdad objetiva, en la visión del mundo y en la vida que el hombre tiene y que abre la puerta de la unilateralidad espiritual y prepara el camino para su cristalización.

Teniendo presente esto, podríamos decir aquí que alguna cultura fué predominantemente espiritual, otras materialistas y otras idealistas. Cuando mostramos unos pocos ejemplos de obras de arte creadas por culturas históricas, elegiremos como ejemplo de extremo espiritualista obras de las culturas predominantemente espirituales: Egipto y Edad Media de la Cristiandad; como ejemplo materialista, obras de culturas predominantemente materiales: Imperio romano y nuestra propia cultura actual; y como ejemplo de culturas idealistas, equilibradas, elegiremos ejemplos de la cultura clásica griega, Renacimiento de la Cristiandad y nuestra propia obra, que hemos producido basándonos en aquella filosofía expuesta y discutida en estas líneas.

Los dibujos que ilustran este artículo han sido extraídos del libro que se menciona en la introducción. Si bien no se hacen referencias a ellos en el texto, sí en cambio pretenden dar una somera idea del contenido del libro que tenemos en preparación.

El autor de estos dibujos es el arquitecto húngaro Istvan Balogh, mi colaborador en la confección de este libro.



La simple forma geométrica de los cuatro triángulos planos de las pirámides no sólo se había adaptado a los desiertos circundantes, sino que además les había prestado fascinación y hechizo.

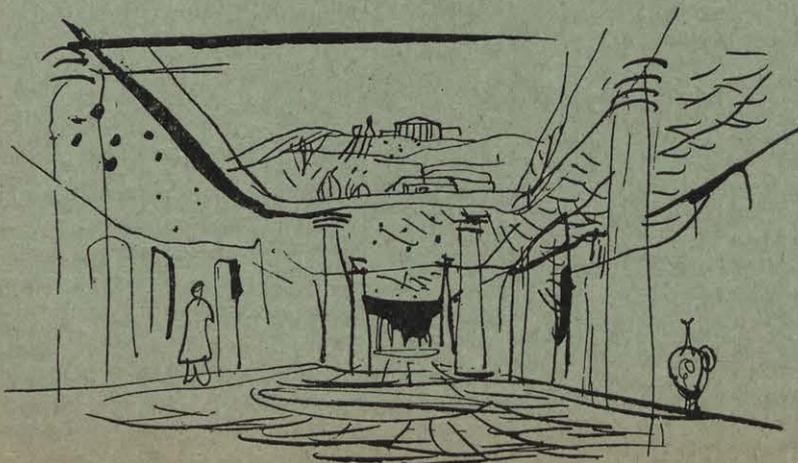
Las cuatro gigantescas esculturas del templo de Hator, en Abu Simbel, excavadas en el frente de la roca, con su expresiva plasticidad, encaja de nuevo armónicamente con el enorme espacio del valle del Nilo y es otra muestra de las proporciones divinas utilizadas con fines de culto divino.



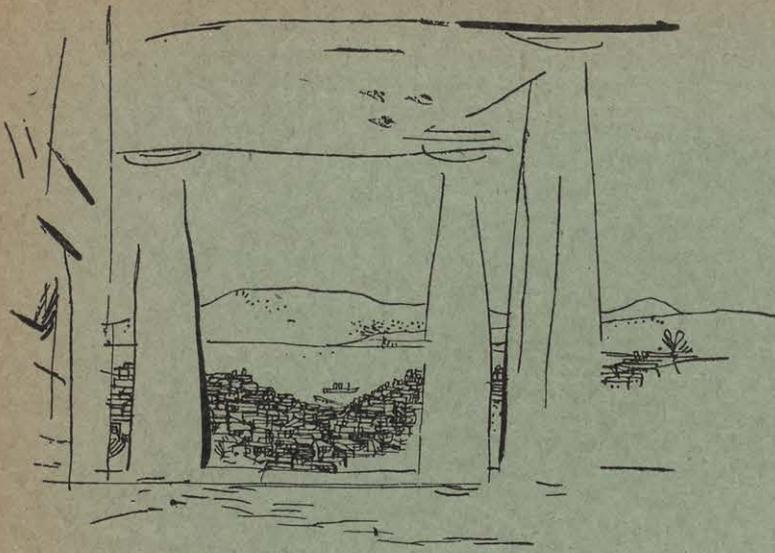
En Atenas, el Partenón, en la Acrópolis, fascinaba al observador, al aparecer la silueta del templo lo bastante destacada como para atraerle y hacerle ir directamente hacia él, a través de un camino preparado para este fin y que no ofrecía duda alguna. Al llegar,

su excitación llegaba al máximo y encontraba exactamente lo que él esperaba dentro de unas proporciones humanas.

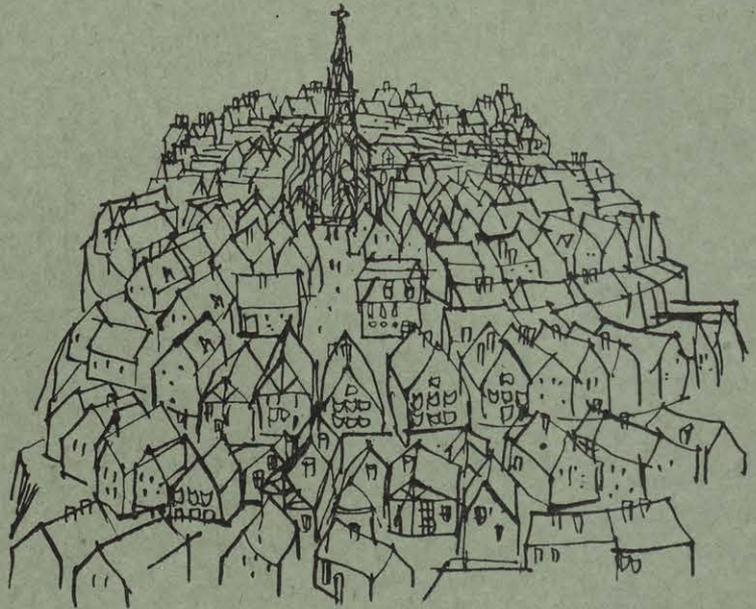
En la Edad Media, la catedral dominaba la visión del observador: su torre aparecía y reaparecía sobre las casas. Cuando la catedral aparecía de improviso al final de la calle, no tenía tiempo el observador de ajustar sus impresiones ante esta nueva visión, y por estar demasiado cerca de ella para juzgar su completa forma, su monumentalidad le aplastaba. Aquí no podemos estar y examinar nuestros alrededores, sino que nos sentimos impulsados a entrar allí donde con misteriosa luz se manifiesta la palabra de Dios a través del artista.



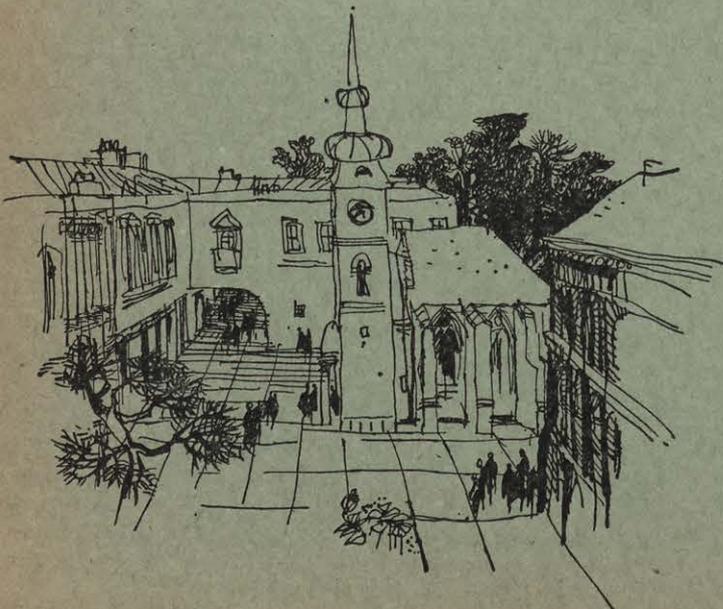
Los antiguos templos griegos que prestan encanto a la natural belleza de la Acrópolis y que irradian hermosura aun en ruinas fueron símbolos de su inspiración religiosa, fortaleciendo su espíritu creador, dominaron la ciudad, entrando en el dominio visual desde los atrios de los hogares atenienses.



La antigua ciudad griega fué una creación del arte, y a pesar de su continuo crecimiento y su consiguiente complejidad, mantuvo constantemente su sencillez y belleza.



La ciudad medieval fué construída alrededor de la catedral, de acuerdo con la conformación del lugar y ajustándose bellamente al paisaje, pero al formarse de este modo la ciudad, iba siendo separada de él. Aunque la gente trabajaba entonces en los campos y pasaba sus vidas enteras en la Naturaleza, mostraban poca comprensión e interés hacia ella, pero siempre estaban dirigidos hacia la catedral como intermediaria entre ellos y Dios.

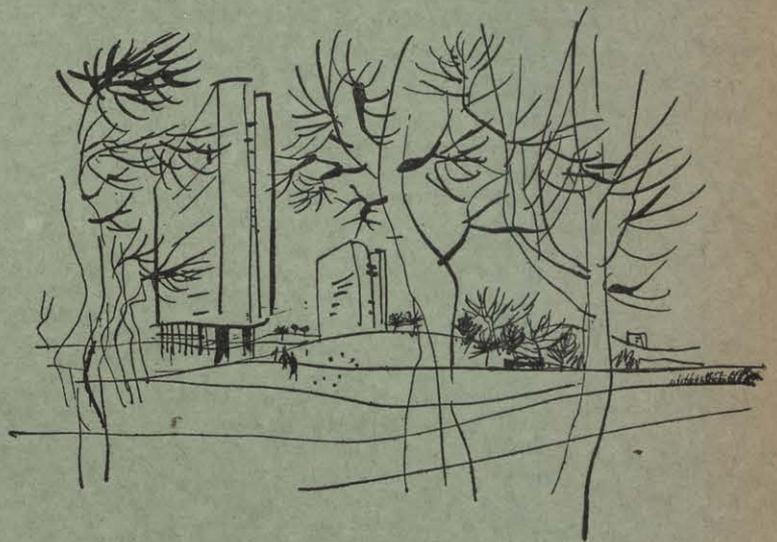


La unilateralidad espiritual de la Edad Media a través de contradicciones en una lenta evolución cambió la visión del mundo y de la vida de los hombres, y en el siglo XV el Hombre adquiere una mayor importancia frente a la de Dios. En las plazas renacentistas nos sentimos cómodos, a gusto, y permanecemos allí con satisfacción. El hombre del Renacimiento, cuya fe era todavía fuerte, no necesitaba ser aplastado por sus templos. Dios ocupaba todavía su corazón y su mente, y su fe le condujo de un modo natural a la iglesia.



Toda arquitectura popular que haya sido construída por el espíritu sereno de simples artesanos encuadra armónicamente con la Naturaleza que la circunda y satisface todas las exigencias estéticas de la belleza.

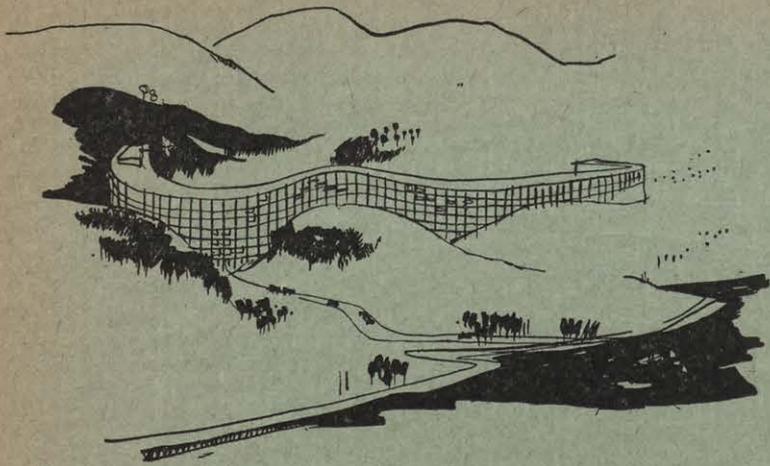
En las zonas residenciales, el hombre vive en edificios de altura, bien concebidos, entre árboles; todo ello envuelto en la Naturaleza bajo el cielo.



Toda ciudad necesita unas pocas calles principales, importantes por sus comercios y que también sirven como paseo para diversión de los habitantes. Esta diversión es mayor si desde esas calles se ven los elementos de la Naturaleza que rodean a la ciudad.

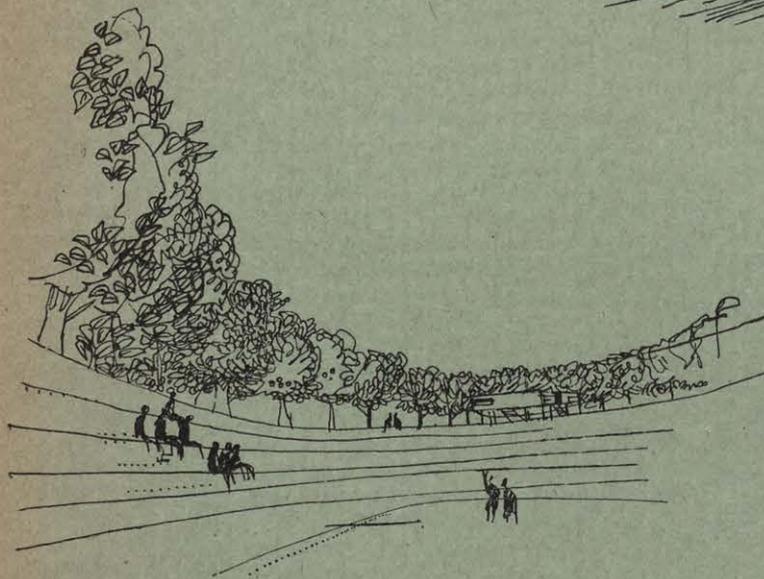
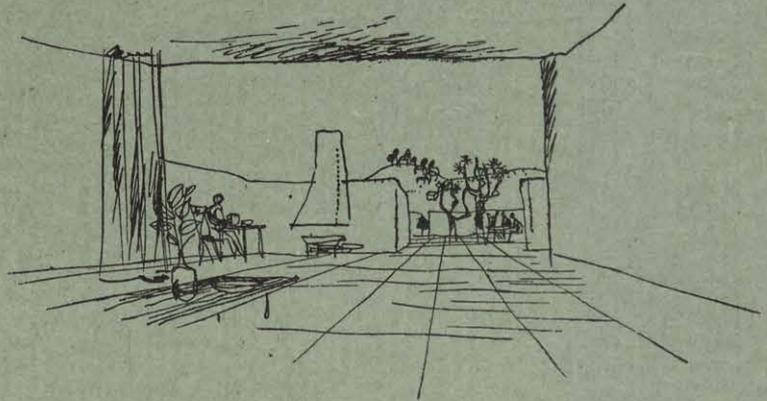
La calle comercial puede constar de recintos al aire libre, que formarán así remansos de paz en la agitada ciudad. Los volúmenes del espacio exterior, al estar enmarcados por la cornisa de esos "patios" y desconocerse entonces su posición exacta, son elementos flotantes y móviles en la composición.





Gran volumen de edificio armonizando con las elevaciones naturales del paisaje.

Al igual que en la antigüedad griega, cuya filosofía acerca del mundo y de la vida hallamos parecida a la nuestra, utilizamos elementos naturales para formar y componer volúmenes y espacios.



La Naturaleza, obra creadora de Dios, tiene un lugar destacado en nuestra filosofía y penetra en el hogar del hombre enriqueciendo el espacio creado por él.



Se puede lograr un efecto dinámico en el espacio con la ayuda de simples líneas de árboles, efecto cuya intensidad dependerá de la densidad de ramas y hojas.